

La noción de invención en El Seminario 21

The notion of invention in The Seminar 21

Por Romina Avalos¹

RESUMEN

El presente trabajo se enmarca en la tesis de maestría de psicoanálisis titulada “La noción lacaniana de invención durante el periodo de 1973 a 1977”. Aquí recortaremos solo los desarrollos específicos de El Seminario 21, por ser allí donde Lacan ubica por primera vez la palabra “invención” y se ocupa de dar distintas definiciones de la misma. Será alrededor de los conceptos saber inconsciente, verdad, real y escritura que la noción de invención encontrará su lugar.

Palabra clave: Invención, Saber inconsciente, Real, Verdad, Escritura.

ABSTRACT

This paper belongs to the master thesis in psychoanalysis entitle “Lacan’s notion of invention during the period from 1973 to 1977”. Here we will only focus on the specifics developments of the Seminar 21, since is there where Lacan will use for the first time the word “invention” and he will deal with giving diferent definitions of it. It will be arround the concepts of unconscious know, true, Real and script that the notion of invention will find its place.

Keywords: Invention, Unconscious know, True, Script, Real.

¹Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Licenciada en Psicología, UBA.

Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Maestranda en Psicoanálisis *La noción lacaniana de invención durante el periodo de 1973 a 1977*, UBA. Buenos Aires, Argentina.

E-mail: romina.avalos@hotmail.com

Sobre incautos y no incautos del saber inconsciente

Les non dupes errent, así se titula el Seminario 21, traducido como los desengañados se engañan o los no incautos yerran. Aunque Lacan ya nos tiene acostumbrados a sus juegos con el lenguaje, esta vez hace explotar su equivocidad no solo por lo escrito sino también por la fonética. *Les non dupes errent* suena como *les noms du père* (los nombres del padre). Se sabe que el nombre del padre es el seminario inexistente de Lacan, del cual solo pudo dar una clase y esto porque fue expulsado en 1963 de la Asociación Psicoanalítica Internacional por no ajustarse a sus normas. Diez años más tarde retoma su tema, pero esta vez pluralizando su sentido al hacerlo corresponder a los no incautos yerran. De esta manera pasa de “el” nombre en forma singular a “los” nombres del padre. Dirá “Los no incautos yerran” y “Los nombres del padre” tienen el mismo saber, pero no el mismo sentido, y esto por razones de ortografía. Esta similitud fonética con la que Lacan juega pone sobre la mesa las relaciones de lo escrito y el lenguaje en cuanto al saber inconsciente que nos sabe, y se presenta en cuanto tal, bajo la forma del enigma. ¿Es un enigma a ser resuelto, tal como una resolvería una cuenta matemática $2 + 2 = 4$? ¿Es algo que Lacan nos deja abierto para que encontremos su sentido? No, más bien se trata de pesquisar que se trata del enigma como el colmo del sentido y de la relación que el sujeto mantiene con ese saber.

¿Qué significa en este contexto *Les non dupes errent*? Detengámonos en la palabra “dupe” que es “el pájaro, parece, al que se hace caer en la trampa, justamente porque es ‘estúpido’” (Lacan, 1973-1974, 13/11/1973). En cuanto a la palabra “error” viene de la convergencia entre “erreur”, que es error, e iterare que es repetir. Para lo que Lacan quiere transmitir no se va a servir de la acepción que enlaza “error” con repetición, sino con lo que éste tiene que ver con “errance” (errancia, vagabundeo). De esta manera, los no incautos serían aquellos que no caen en la trampa porque son listos y van por la vida como si fuesen extranjeros en un viaje. La indicación de Lacan es que hay que ser incautos para no errar, pero no de cualquier cosa, sino del inconsciente. Hay que dejarse atrapar por la estructura, una estructura que indica a un sujeto perfectamente determinado en su deseo de principio a fin, un deseo que es indestructible e invariante. Por un lado, ajustarse a la estructura implica un esfuerzo y solo así quizá “se llega verdaderamente a no errar” (Lacan, 1973-1974, 20/11/1973). Por otro lado, funda una ética y un porvenir que conlleva ser cada vez más incautos del saber inconsciente, siendo éste nuestro único lote (lot) de saber. Es un saber que nos precede, por lo que siempre estamos un paso atrás. Como dice Rabinovich (2014, 8/8/2014) “lot” está ligado a loto, que significa azar, destino, lo que nos tocó en suerte. Como veremos a continuación, en este contexto donde Lacan ya está pasando de una noción de saber inconsciente como cadena al topológico, subraya la noción de lote como aquello que no elegimos: “Ese lote es una constante en ese, para Lacan, pseudoviaje que se produce entre

el nacimiento y la muerte. La estructura sigue siendo la misma, la vecindad contingente de sus elementos determinará efectos diferentes, pero el lote, el conjunto abierto sigue siendo el mismo” (Rabinovich, 1992, p.66). Por ello, en cierto sentido nunca somos lo suficientemente listos porque no manejamos los hilos de ese saber “Lo que ustedes hacen, sabe, sabe lo que ustedes son, los sabe a ustedes” (Lacan, 1973-1974, 20/11/1973). Estamos determinados por un saber que, aunque se sostenga en la generación anterior no nos libra de responsabilidad. Se trata de un “hacer saber más empecinado. Saber de siempre, finalmente” (Lacan, 1973-1974, 20/11/1973). De esta manera, el sujeto está estructurado, determinado por el deseo del Otro, y por ello, sólo en este sentido, el saber inconsciente nunca depende del azar.

Hay una verdad que solo puede semi-decirse y que queda definida desde la primera clase como una elección - a diferencia del lote de saber -. Se elige qué se dice de esa mitad que logra articularse y detrás de esta elección hay siempre un deseo, una intención. Que la verdad sólo pueda decirse a medias también implica que “Sólo hay verdad matematizada, es decir, escrita, es decir, que ella no es suspendible, como verdad, sino de axiomas. Es decir que no hay más verdad sino de lo que no posee ningún sentido” (Lacan, 1973-1974, 11/12/1973). Continúa preguntándose, ¿Cómo es que el psicoanálisis pueda proceder de la verdad? Su respuesta es que no hay más que efecto, que implica cierto “olor a verdad” cuyo medio es la palabra y que revela un saber que habita en el lenguaje. Que haya un saber que habita en el lenguaje, no parece habilitar a Lacan a afirmar que el lenguaje sea un saber en sí mismo, éste es ubicado más bien como el efecto de que hay significante Uno. Agrega algo fundamental:

Pero el saber no es la misma cosa. El saber es la consecuencia de que hay otro. Con lo cual hacen dos, en apariencia. Porque este segundo obtiene su estatuto, justamente, del hecho de que no tiene ninguna relación con el primero, de que no forman cadena, aun cuando yo he dicho, en alguna parte, en mis plumíferas, los primeros, Función y Campo, eso no era tan boludo. Quizá en Función y campo dije que formaban cadena. Es un error, porque para descifrar fue preciso que yo hiciera algunas tentativas (...) (Lacan, 1973-1974, 11/12/1973).

Descifrar es hacer existir la cadena, por eso nos embrollamos. Al descifrar sustituimos un significante por el significante Uno, lo que da dos sólo por medio de esta operación y es lo que permite contar tres: “el tercero surge del dos” (Lacan, 1973-1974, 11/12/1973). Se puede escribir como él ya lo hizo en su obra, S_2 , pero esto es un “puro forzamiento” (Lacan, 1973-1974, 11/12/1973). Se trata de un saber que se pone en el lugar de la verdad, de la verdad verdadera.

Es bajo la presentación del nudo como modalidad de formalización de su enseñanza lo que permite articular el modo en que se presenta el tres en la estructura. La forma en la que se anudan los anillos del nudo borro-

meo tiene como característica principal, que al cortar un anillo, los tres se separan. Lo Real es el tercer anillo no por ser el tercero en un orden que la serie de números naturales lo señalaría; es tercero en tanto que todos ellos (los otros dos: simbólico e imaginario) hacen tres (Lacan, 1973-1974, 15/01/1974). Aquí Lacan alude a la topología de la vecindad, de la contigüidad, que desarrollaremos en el apartado siguiente.

Sobre dimensiones y espacios: inconsciente topológico

Lacan ubica tres dimensiones o dicho-mansiones en el *espacio del ser hablante* que son estrictamente equivalentes, es decir, ya no hay una prioridad o una determinación de una respecto de otra. La forma en la que introduce la noción de espacio la saca del intuicionismo, y el objeto matemático que fue intuitivo primero y muchos años después formalizado es “el espacio vectorial”. Se trata de “una estructura algebraica que, en principio, surge de axiomatizar lo que conocemos como vectores, aunque sirva para formalizar espacios de n dimensiones, no solo de 3 como el de la geometría euclidiana” (Stringa, 2015, p.288). La relación con los vectores nos indica que se trata de un espacio orientado como el de los nudos borromeos del que también se ocupará en este seminario. Se establece una diferencia con la noción del espacio clásica donde hay homogeneidad (todos los puntos son equivalentes), continuidad (no falta ninguno) es “indefinidamente divisible, físicamente inactivo, independientemente del tiempo y de la materia, y es visto de la misma manera cualquiera sea la posición del observador” (Stringa, 2015, p.287). Estas características surgen de aplicar la geometría de Euclides y las tres dimensiones de los ejes cartesianos. Todo esto comienza a ser cuestionado a partir de la Teoría de la relatividad: el tiempo y el espacio dejan de ser independientes para formar una unidad espacio-tiempo, que se alarga o se acorta según sean las condiciones del sujeto que las mide. En cuanto al espacio habitado por el ser hablante y sus tres dimensiones (Imaginario, Simbólico y Real), es necesario recurrir a una topología distinta a la clásica, que relacione los puntos de otra manera, como lo es la idea de “calce” en los nudos borromeos. Aquí “El espacio implicado por los redondeles de cuerda calzados de manera borromea no es sin el tiempo como sucesión de instantes de tirón de los redondeles” (Stringa, 2015, p.290).

Respecto a las dimensiones del espacio-tiempo que construye desde el psicoanálisis, dirá que lo imaginario es lo que detiene el desciframiento, el sentido. Es algo que se ve muy bien en la ciencia matemática, donde se parte de una intuición que hay que simbolizar. Como afirma Christiane Lacote (2005), cuando Lacan habla de adherirse a la estructura:

Se trata de adherirse no a las imágenes que dan a la vida figura y sentido de viaje o de vía religiosa, sino a lo que permite la simbolización misma en la meta de su relación

con lo real. El único imaginario fecundo es aquel que, como en matemáticas, permite la intuición de esta simbolización (p. 265).

El paso fundamental que da en el Seminario 21, dice Lacote (2005), es que la simbolización no sólo recae sobre el lenguaje sino sobre la escritura de lo Real, tal como lo hace la matemática (p.266). En este sentido, Lacan está tratando de darle un estatuto a lo imaginario que lo saque de la sub evaluación, por cuanto tiene la función esencial de hacernos detener en algún lado; y esto debe ocurrir -como lo dice al final del seminario- lo más pronto que se pueda. En cambio, la función de lo simbólico, el lenguaje, es cifrar el sentido, aunque nunca lo logre de manera acabada; y esto sucede porque él está en el lugar del sentido. Por ello el sentido, que siempre es sexual es -valga la redundancia- un sentido de la falta de sentido, porque no logra escribirse. Lo simbólico es límite, un límite como función, del sentido que puede extenderse al infinito si no fuese por el lenguaje que taponar el agujero de lo Real. Agrega que “Lo que hace que la relación sexual no pueda escribirse es justamente ese agujero allí, que tapa todo el lenguaje como tal (...)” (Lacan, 1973-1974, 20/11/1973).

Lo imaginario es también definido como del orden del velo: “no hay más que el velo del sentido” (Lacan, 1973-1974, 20/11/1973) es lo que vela la luz. Este velo es el soporte de la apariencia, de una apariencia que debe ser articulada bajo la forma de una verdad, o más específicamente de una media verdad. Se trata aquí de un develamiento necesario y articulado por el nudo en su decir. Lo imaginario está del lado de la intuición, de la evidencia, supone la luz “ha instaurado ese orden que llaman “armónico”, ha instaurado, fundado, todo lo que tiene que ver con la proporción, con una proporción que era el único fundamento de la medida e instauró un orden” (Lacan, 1973-1974, 15/01/1974). El espacio tal como los griegos lo concebían tiene esta lógica dual, de lo verdadero y falso, descansa en la suposición de una substancia. En cuanto al espacio del nudo, no supone nada sino una consistencia y ésta es de otro orden que la evidencia.

Definir el espacio del *hablante ser* como de tres dimensiones implica afirmar que si el inconsciente existe, éste debe ser necesariamente del orden del nudo ¿Qué tipo de orden es el del nudo? El corte explícito que realiza en este seminario es que dicho orden no es más el de la cadena, el de la serialidad - como vimos en el apartado anterior - sino el de la topología, cuyas características principales son vecindad, continuidad y conexión. Si bien Lacan ya viene trabajando hace mucho tiempo con la topología, es aquí que por primera vez define al inconsciente como topológico “Que el saber inconsciente sea topológico, es decir, que solo se sostenga de la proximidad, de la vecindad, no del orden: en esto intento decir, fundar, que él es nodal” (Lacan, 1973-1974, 15/01/1974). El nudo tiene una función muy diferente que la del orden sexual y la forma en que se relacionan sus elementos no los diversifica en una consistencia, sino que los anuda. Decir que no los diversifica implica afirmar que el nudo no hace de

los registros una cualidad, una sustancia, una individualidad, sino que son en tanto tres “el nudo es la ternaridad pura y simple” (Lacan, 1973-1974, 08/01/1974). De aquí que su consistencia resida en el tres y lo que Lacan llama “efecto de nodalidad”: Si uno se corta, los tres se sueltan. Se trata de pensar todo lo que la topología soporta sin imagen, no suponerles a esas letras sino Real. Lo Real como un tres cardinal que no agrega nada, donde los registros “hacen tres. Y que es todo lo que tienen de Real” (Lacan, 1973-1974, 15/01/1974). En tanto sujeto, hablante ser, estamos arrinconados a esa triplicidad que es la triplicidad de *lalengua*. En este sentido, lo Real es “un decir que no supone nada sino que triple” (Lacan, 1973-1974, 15/01/1974), es un decir que obligatoriamente se transforma en tres al no haber el dos de la relación sexual “Mi decir consiste en ese Real, en ese Real que es aquello por lo cual el tres insiste, e insiste al punto de estar marcado en *lalengua*” (Lacan, 1973-1974, 15/01/1974).

Todas las relaciones de los espacios topológicos están fundadas en dicha vecindad que, como vimos, implica su triplicidad. Ahora bien, tal como destaca Rabinovich (1992):

La idea de vecindario, no obstante, no es puramente cualitativa, es decir, topológica, pues tiene una connotación métrica, dado que parecerían ser necesarias algunas mediciones de las distancias para decidir qué puntos son suficientemente cercanas a determinado punto como para formar parte de su vecindario. Por esta razón se introduce la concepción no métrica, más general, de “conjunto abierto” (p.60).

La autora sigue describiendo una serie de leyes matemáticas que establece la noción de “conjunto abierto”, a partir de lo cual se definirán cuáles serán los conjuntos vecinos. Se ve que estamos en un terreno puramente matemático, muy distinto al de la lingüística de donde se basa la idea de concatenación significante. Hay en este tipo de relación significante una necesidad entre S_1 S_2 , en cambio en topología de la vecindad, la relación entre un significante y otro se da por contingencia. Según Rabinovich (1992), el equívoco leído bajo la idea de cadena significante es verdaderamente un equívoco, hay un falso enlace como diría Freud. En cambio, la topología de la vecindad permite develar lo Real de esta pseudocadena, la imposibilidad de adecuación entre significante y significado, “es aceptar el carácter no originario de la diada, en tanto ésta es solidaria de la complementación entre los sexos” (p.62)

Dijimos entonces que el inconsciente queda definido como topológico, lo que implica su estructura triple. Esta modificación en su teoría es una pieza clave que le permite terminar de formalizar lo que viene desarrollando en sus seminarios anteriores, en cuanto a los desarrollos de un sujeto sin esencia. En este contexto, se entiende la afirmación que la única verdad que el inconsciente sabe es “que el hombre no es la mujer”. Algo tan simple y vacío de sentidos como esto. Nada sabe sobre qué es el hombre ni qué la mujer, ni que quieren, ni de que gozan, etc. Por

ello la verdad también se desubstancializa. Hay un saber inconsciente que es nodal en cuanto triple, que puede escribirse o no según cómo se module. De allí la convergencia entre lo modal y lo nodal. Se trata de un saber que:

No se soporta del hecho de que insiste, sino por las huellas que esa insistencia deja. No de la verdad, sino de su repetición en tanto ella se modula como verdad. Aquí debo introducir lo que funda la vecindad como tal. La vecindad como tal se funda en la noción de “abierto” (...) Y en esto ella aborda, por el buen sesgo, lo siguiente: que la clase no se cierra. Es decir que ella acepta la paradoja, que sólo es paradoja de una lógica predicativa (Lacan, 1973-1974, 15/01/1974).

Por lo tanto, la verdad se modula, ella está atravesada por su posibilidad o no de escribirse. Por un lado, posee un límite y, por eso es un medio decir, y por el otro, es abierta, carece de límite. En este punto, afirma Lacan, es que puede habitarla el saber inconsciente, en tanto él es un conjunto abierto.

Decir verdadero, saber inconsciente y Ciencia de lo Real

En el apartado anterior presentamos el inconsciente topológico como conjunto abierto, lo que significa que está más allá de cualquier lógica predicativa. Dado que dicha lógica se basa en una definición de lo verdadero y lo falso ¿Qué tipo de verdad se relaciona con el psicoanálisis? Como mencionamos, Lacan se refiere ya desde las primeras clases al olor a verdad como efecto de un análisis cuyo medio es la palabra. Es decir, el instrumento de un análisis es la palabra a través de la cual deviene como efecto necesario ese olor a verdad. Sobre este tema, Rabinovich (1992) afirma que, el olor a verdad efecto de la palabra como medio, debe distinguirse de la verdad del saber inconsciente. La primera implica un límite como conjunto cerrado, donde se sitúa la verdad como medio decir. La autora piensa este límite como la represión primaria freudiana, que se encarga de poner un cierre al conjunto del saber inconsciente. La segunda es la dimensión de la verdad como conjunto abierto, respecto de la cuál ningún universal puede plantearse, por ello alcanza la máxima particularidad en cada sujeto (p.63-64).

Cuando hablamos entonces de esa media verdad que logra decirse, nos metemos de lleno con la dimensión del decir verdadero. Lacan afirma que el decir es verdadero sólo en tanto pone límite al alcance de la verdad (Lacan, 1973-1974, 15/01/1974). La verdad se funda en la suposición de lo falso, en el no, por ello es contradicción, “ella es imaginario” (Lacan, 1973-1974, 15/01/1974), estamos aquí en el nivel de la lógica predicativa. Lacan establece una diferencia entre el decir verdadero y la ciencia de lo Real (la lógica). Cuando habla de ciencia de lo Real es necesario aclarar que no se refiere específicamente a la lógica predicativa, si bien fue la que le abrió camino, ésta se queda en una escritura incipiente. Lo que Aristóteles

hace de importante es demostrar que “no se llega al tres sino abriendo las cosas por medio de lo escrito” (Lacan, 1973-1974, 12/02/1974).

El decir verdadero es definido como una ranura por donde pasa aquello que suplente la imposibilidad de escribir la relación sexual. Lo Real como agujero sólo se abre por medio de la escritura, y en tanto tal, es que nos vemos compelidos a realizar la relación sexual que no hay. Lo Real está determinado por no poder escribir esa relación, pero el hecho que no se puede escribir no significa que no se intente. De hecho, es lo que se vuelve necesario.

A través del decir verdadero - lo que para Lacan serían boludeces, cualquiera que nos parlotea - de tanto en tanto y por error, contingentemente algo cesa de no escribirse. El discurso analítico permite develar que la verdad, la que hace límite como conjunto cerrado, está allí para llenar la ranura que deja abierta la imposibilidad de escritura de la relación sexual. Esto es fundamentalmente lo que distingue este decir del de la Ciencia de lo Real, porque aquí la ranura no queda vacía, por allí pasa algo. Para ser más específico, lo que la ciencia bordea el decir verdadero lo completa. El discurso analítico se sostiene en que el sujeto es la verdad del amo en tanto S_1 , como mandamiento, imperativo. S_1 que es Uno entre otros, y por ello está bien solo, porque dos no hay, no hay dos seres hablantes que puedan conjugarse, hacer dos. Sin embargo, cuando contingentemente dos significantes se acercan, según la topología de vecindad, entre ellos mana por “la ranura del decir verdadero” el saber inconsciente. El S_2 no tiene nada que ver con el decir verdadero por cuanto es Real, y agrega:

El S_2 es lo que escribí en mi esquema del discurso analítico, o sea: el saber en tanto que inconsciente (...) Lo cual quiere decir que es un Real, que hay un saber que por más que ningún sujeto lo sepa, sigue siendo Real. Es un depósito. Es un sedimento que se produce en cada uno cuando comienza a abordar esa relación sexual a la que por cierto no llegará nunca (...) (Lacan, 1973-1974, 12/02/1974).

Se lee aquí, por primera vez, la referencia al inconsciente real que volverá a aparecer en el *Seminario 23* y en el prefacio a la edición inglesa del *Seminario 11* que realiza en 1976.

En relación con este tres que define como lo Real, Lacan afirma que ingresa a la cuenta, a la cuenta de la estructura, por rasgos totalmente accidentales. Al principio el niño cuenta uno y dos, pero no él mismo; será cualquier cosa lo que lo haga entrar en el “patetismo” de lo Real. En el momento que sucede, este tres se convierte en el soporte de la cuenta, y cuando dos S mayúscula se juntan por el camino del puro azar “él se formará ese saber indeleble, y al mismo tiempo absolutamente no subjetivado, se formará ese saber real, allí, impreso en alguna parte, impreso como en Aristóteles el alfa, el beta, y el gama, y es eso lo que será el inconsciente” (Lacan, 1973-1974, 12/02/1974). Destacamos aquí que el saber inconsciente queda definido como imborrable y no subjetivado, son puras letras. En este contexto, se

entiende que líneas más abajo afirme que en el campo de lo inconsciente estamos mucho más cerca de la lógica que de cualquier otra cosa, porque ambos son del mismo orden, es decir, del orden de lo escrito. Es en este seminario que “el inconsciente deja de estar definido a partir de la palabra, para estar determinado por la función de lo escrito” (Miller, 1998, p.278).

Se tratará de hacer hablar a este saber inconsciente, para que el decir verdadero logre articular algo y suplir así la ausencia de relación sexual. Es el discurso analítico quien se encarga de ir tras las huellas de esta verdad fallida, sabiendo que en otros discursos esto se impone de otra manera. En el discurso del amo y el universitario, por ejemplo, la cosa marcha sola, la suplencia está lograda. Sólo en los casos donde “el saber inconsciente es cojo (...) hay necesidad de pasar el discurso analítico, o sea que se tiene necesidad del decir verdadero, y sobre todo un poco de sospechar qué malas compañías tiene el decir verdadero” (Lacan, 1973-1974, 12/02/1974). Es aquí donde, por estar perturbada la relación a los discursos llamados normales, nos encontramos con los “casos de verdad”. Lejos de transformarse en indignos por estar alejados de la norma son personas que tienen con la verdad “una especie de parentesco”, cuya conexión radica en el encuentro con lo Real, con lo que no marcha en la relación sexual. La intención del analista no será restituir al sujeto al discurso normal sino “reconstituir esa falla del decir verdadero con la ciencia de lo Real” (Lacan, 1973-1974, 12/02/1974). Lo que podría querer decir que la falla se reconstruye a través de lo escrito.

El saber como una verdad inventada

Hemos establecido que la ciencia de lo Real es el saber de lo Real, donde Lacan reconoce el tres como nudo. En esta dirección, afirma que para saber sobre este nudo borromiano no alcanza con nombrarlo, es necesario hacerlo. Es decir, para saber hace falta hacer. Al mismo tiempo, para estar en el decir verdadero no es suficiente con decirlo, a lo que agrega “uno de los puntos pivote de aquello en lo cual hoy intento hablar, en lo que aquí hago, como analista, ya que es de eso que hablo: yo no descubrí la verdad, la invento. A lo cual agregó que esto es el saber” (Lacan, 1973-1974, 19/02/1974).

Lacan por primera vez anuda saber, verdad e invención, al definir el saber como una verdad inventada. Para entender semejante afirmación es importante preguntarnos con quién está discutiendo, es decir, a quienes le dice que la asociación entre verdad y descubrimiento no es la adecuada. Se trata aquí, una vez más, de la filosofía y de la forma en la que ésta ha entendido la verdad como alétheia, desde los presocráticos hasta Heidegger. Lacan ironiza al respecto “alétheia, mi bienamada. Yo te muestro al mundo. Toda desnuda. Yo levanto el velo” (Lacan, 1973-1974, 19/02/1974). El saber desde esta perspectiva tiene todas las resonancias con aquello que está oculto y debe revelarse. Cuando lo verdadero se descubre y se corre el velo, se hace la luz, salimos del mundo de la

caverna. Heidegger es un filósofo que ha basado casi toda su obra en la pregunta sobre la verdad del ser, y desde aquí retoma el término *alétheia* que Platón rescata de los presocráticos. *ἀλήθεια* significa desocultamiento, develamiento:

Visión de la forma o perfil de lo que “es” verdaderamente y que se haya oculto bajo el velo de la apariencia. Con el acto de desvelamiento, sacar el velo, nos transporta a una idea de verdad más originaria, diferente a la que encontramos en la proposición, en la conformidad del enunciado con la cosa que representa (Viera, 2010).

Un concepto fundamental en Heidegger es “apertura” e implica que no hay representación de los objetos sin una apertura originaria a conocerlos “y significa algo así como lo inmediato, fuente de toda mediación” (Colomer, 1990, p.568). El conocimiento humano no parte de la nada, hay una constitución previa que el sujeto debe descubrir. De esta manera “el pensamiento humano no puede jamás convertirse en intuición creadora, y que nuestro conocimiento intelectual, por más espontáneo que sea, depende de lo que es dado por la sensibilidad” (Colomer, 1990, p.568). Si bien esta idea ya está presente en Kant, lo que agrega Heidegger es esta condición de apertura de nuestro comportamiento hacia las cosas del mundo, que nos permite conocerlas recibiendo de ellas su propia medida. En esta línea:

La verdad como conformidad (verdad óntica) se funda, pues, como en su condición de posibilidad, en una realidad anterior que consiste en la potencia originaria del ente y en el comportamiento abierto del hombre hacia ella (verdad ontológica) (Colomer, 1990, p.569).

Por otro lado, desde Aristóteles y la lógica epistémica, se parte de que “el saber es forzosamente saber lo verdadero” (Lacan, 1973-1974, 19/02/1974). Lo cual, dice Lacan, lleva a locuras que implica negar que en realidad “es imposible saber nada, supuestamente verdadero como tal, sin saberlo. Quiero decir, saber que se sabe” (Lacan, 1973-1974, 19/02/1974). Es decir, no somos agentes de un saber que se nos revela de manera absoluta, por ello, líneas antes la ciencia de lo Real es definida como una ciencia sin consciencia, por cuanto hay unos hilos que no maneja. Este saber que se soporta en que no se sepa que se sabe es inconsistente y por ello es imposible de enunciar en la lógica epistémica. Dicha lógica supone un saber pleno, verdadero, iluminado; pero el saber que el psicoanálisis recorta es opuesto, no busca al fondo de lo oculto y tampoco son solo algunos privilegiados los que son capaces de ver la luz y sacarnos de las cavernas. No, Lacan nos quiere “bajar un poco a tierra” y hacernos palpar, tocar con los dedos (*toucher du doigt*) que el saber se inventa, y éste es el que merece plenamente - y no por ser pleno - el título de saber, saber inconsciente. Al ser un saber que se palpa, que se toca, queda ubicado del lado hacer, un hacer que nos saca de lo puramente mental.

Hablar de una verdad inventada implica sostener por

otros frentes lo que viene desarrollando en seminarios anteriores, no hay adecuación entre idea y cosa, significativo y significado. No hay relación necesaria entre ambos elementos. Cuando se piensa un saber a descubrir, se parte de que hay algo oculto que el sujeto como agente iría a revelar. Pero cuando se trata de un saber que nos sabe el problema se complejiza un poco más, primero porque ya no hay sujeto agente, segundo y más importante ¿Si es un saber que preexiste, que nos sabe y nos comanda, por qué no habría que ir a buscarlo y develarlo en un análisis? Al fin y al cabo ¿Por qué usar la palabra invención? La respuesta es simple: se parte de lugares diferentes. La verdad a ser descubierta pre existe en su plenitud, es absoluta, corresponde a la verdad de la Idea platónica, del ser del ente y no todos tienen la “apertura” para llegar a ella. En cambio, la verdad que debe ser inventada parte de un agujero “todos sabemos porque todos inventamos un truco para llenar el agujero (*trou*) en lo Real. Allí donde no hay relación sexual, eso produce “traumatismo” uno inventa. Uno inventa lo que puede, por supuesto” (Lacan, 1973-1974, 19/02/1974). Agrega líneas abajo que “lo Real se inventa no sólo allí donde hay agujero, sino que no es impensable” (Lacan, 1973-1974, 19/02/1974). Hay un lugar donde la cosa camina y es lo Real, donde se hace entrar el tres, “esa cosa difícil de manipular lógicamente” (Lacan, 1973-1974, 19/02/1974).

Lacan afirma que el inconsciente no descubre nada, porque no hay nada que descubrir en lo Real dado que allí sólo hay agujero. El inconsciente inventa de la misma manera que lo hizo la lógica, y agrega:

Aunque Aristóteles no hubiera inventado su primera apertura, sino la hubiera hecho pasar del decir a ese machacar del ser gracias al cual hace silogismos, por supuesto se habría hecho silogismos antes, sólo que no se sabía qué eran los silogismos. Para darse cuenta, es preciso inventarlo: para ver dónde está el agujero, es preciso ver el borde de lo Real (Lacan, 1973-1974, 19/02/1974).

¿Qué nos está queriendo decir Lacan? ¿Acaso la invención comienza con el acto de pasar el decir a la escritura, en este caso “a ese machacar del ser gracias al cual (Aristóteles) hace silogismos”? Conviene aquí retroceder unas clases en el seminario, cuando ubica que inventó lo Real - como concepto, no como palabra - y dice “Yo te bautizo, Real, porque sino existieras, habría de inventarte. Por eso lo inventé” (Lacan, 1973-1974, 11/12/1973). Hay aquí un nexo íntimo entre inventar y la nominación como acto de inscripción, y en este sentido afirma “Es un hecho que el *naming*, en tanto que nombre propio, precede a la necesidad por la cual éste no dejará ya de escribirse” (Lacan, 1973-1974, 11/12/1973). La invención queda inaugurada como lo necesario, modalidad lógica de lo que no cesará de escribirse, es decir, a partir del momento en que se nombra y se escribe un invento, se vuelve necesario.

Todo esto tiene una consecuencia fundamental en la lógica proposicional, de la que Lacan afirma que es tan modal como otras. La verdad, en su juego con la contra-

dicción queda aquí situada como artificio de suplencia, sin ser por ello menos verdadera. Lo verdadero es de lo que se parte para inventar los otros modos. El “necesario que: p” de Aristóteles se traduce en un no deja de escribirse que es la base de la repetición, de lo que cae siempre en el mismo pliegue, es decir, del síntoma. Lo que deja de escribirse es p o no p, de aquí Lacan parte para hablar de lo posible como el fallo de la verdad, y la confusión de Aristóteles entre lo posible y lo contingente ¿En que radica dicha confusión? En el hecho de que lo que deja de escribirse puede dejar de no escribirse y traducirse como verdad. Dice Lacan, puede ocurrir que yo ame a una mujer, pero esto no asegurará mi identidad sexual ni la de la mujer. Aquello que irrumpe por una contingencia se transforma en necesario, en una necesidad por contingencia. He aquí el fallo de la verdad. Es decir, transformo en necesaria mi identidad, aunque no es más que una contingencia. Es importante llegar a pesquisar la lógica que está tratando de transmitir, del estatuto de lo necesario y de su relación, no tanto con lo posible (que fue algo que ya había señalado Aristóteles) sino con lo contingente. Sería algo así como una necesidad no puramente necesaria sino contingente, que sólo puede ser sostenida desde la topología de la vecindad.

Por otro lado, entre todas las contingencias, hay algo que puede dar testimonio de la presencia de lo Real. Se trata de:

(...) lo que se anticipa por medio del decir en tanto éste se soporta en el principio de contradicción (...) nada hay como la lógica para elevarlo a la dignidad de un principio, y permitirles, no por cierto asegurar ningún Real, sino reencontrarse en lo que éste podría ser cuando ustedes lo hayan inventado (Lacan, 1973-1974, 11/12/1973).

Entonces, no sólo habla de inventar el saber sino también lo Real ¿Lo Real como saber inconsciente? ¿El saber inconsciente como Real? Esto es lo que ya dejó deslizar en una de sus clases, y parece que es hacia donde sigue apuntando. Lo Real como imposible no se sostiene en un o-o sino en un y-y, lo que es imposible es que p y no p sean al mismo tiempo. Sin embargo, esta contradicción es lo Real, y de aquí se parte para inventar el saber. Esto es lo que sucede en todo primer encuentro con la relación sexual. La lógica es la condición para que esto pase a lo Real “y es en eso que ella se inventa, y que la lógica es el más bello recurso de lo que tiene que ver con el saber inconsciente” (Lacan, 1973-1974, 18/02/1974). La lógica moderna ha ido más allá de la contradicción, no se quedó en el intento de verificar si p o no p es verdadero, por eso ella pudo avanzar en el saber. El paso importante lo da cuando llega a la conclusión que ni uno ni otro son verificables lógicamente, y por ello hay que elegir.

Por último, sólo desde un inconsciente como topológico se puede plantear que el saber se inventa porque no hay conexiones previas que hay que ir a descubrir. Y si las hay, lo que Lacan “descubre” es que no se descubre, sino que fueron conexiones contingentemente inventadas.

La invención es el escrito: pase, saber y escritura

Lacan viene desarrollando clases anteriores una relación entre el amor y la invención, o más específicamente sobre la idea de inventar las reglas del juego del amor. No ampliaremos aquí esos desarrollos, pero sí ubicaremos la manera en que el amor queda relacionado con el nombre del padre ¿De qué manera? Como ya lo había planteado años antes, es la madre quien hace entrar la función paterna “la madre por la cual la palabra se transmite (...) es reducida a traducir ese nombre (nom) por un nodo Justamente el no que dice el padre” (Lacan 1973-1974, 19/03/1974). Al dejar pasar el no del padre por medio del decir introduce la terceridad del nudo y permite el ejercicio del amor por los desfiladeros del significante. Aclaremos: de un amor en tanto triple, porque el ejercicio del amor implica dicha terceridad. Lo contrario al amor instaurado por el nombre del padre es el “nombrar para”, donde se trata de un proyecto que depende exclusivamente de la madre. Aquí lo social -y no lo Real -adquiere predominio de nudo y restituye el orden en un “orden de hierro” que propone una trama de existencia. Una ex-sistencia que, continuando los desarrollos que ya venía planteando en seminarios anteriores, es la falta de una esencia; por ello afirma que “Si algo ex-siste a algo, es precisamente por no estar acoplado a él, por estarle tresado (*troisé*)” (Lacan 1973-1974, 19/03/1974). Somos sujetos no solo por no tener una esencia sino por estar calzados en un nudo que nos existe, que sostiene nuestra existencia. Parece decir Lacan que eso que nos sostiene en una consistencia puede ser lo real o lo social. Si lo social es el “orden de hierro” la existencia puede parecer que está más asegurada.

En la clase del 9 de abril Lacan continúa con las elaboraciones acerca del “ser nombrado-para”, esta vez para relacionarlo con lo que ocurre a los analistas cuando son miembros asociados en alguna institución. Afirma al respecto “Ser nombrado para la beatitud ¿No es algo que en sí puede hacer reír un poco?” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974). Hace reír porque el analista no se autoriza más que por sí mismo, y por algunos otros, que habría que pensar cuáles; pero no surge dentro de ningún sistema de poder ni ningún cargo burocrático. Todo este tema lo introduce a propósito de la elección del ser sexuado, lo que también dirá que sólo sucede autorizándose por sí mismo. Afirma que en lo que preside a dicha elección se puede inventar, pero en lo que respecta a un grupo -cuando en él se pretende hacer una nominación del estilo “nombrar-para” - no se puede inventar porque “un grupo es real. E incluso es un real que no puedo inventar por el hecho de que es un real nuevamente emergido” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974) ¿A qué se refiere con “un real nuevamente emergido”? A continuación, dice que hay psicoanalista cuando hay discurso psicoanalítico, pero ello no implica suponer que hay *un* analista, lo cual sería una vertiente histérica. ¿Es ese grupo de psicoanalistas que conforman el discurso de psicoanalistas un real nuevamente emergido? Si esto es así, entonces llevaría a pensar que no se puede inventar en dicho discurso. Sin

embargo, no parece ser hacia ese lugar que Lacan nos quiere llevar por cuanto a continuación afirma:

Hay cosas a nivel de lo que emerge de real, bajo la forma de un funcionamiento diferente ¿de qué? De lo que al fin de cuentas tiene que ver con letras puesto que de letras se trata; esto es lo que quise producir en mis cuatrípodas puede haber una manera con la cual cierto lazo se establece en un grupo, puede haber algo nuevo y que sólo consista en cierta redistribución de letras. Esto sí puede inventarlo (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974).

En conclusión, lo real se inventa, pero un grupo al ser un real de otro tipo -nuevamente emergido- no se puede inventar. Las letras también entran en esta cuenta, pero son un real de un estatuto diferente, aquí hay cierto margen de libertad, al menos en lo que respecta a su redistribución. Ahora bien, redistribuirlas es darle una nueva ordenación, una continuación distinta, es empalmarlas a otro discurso que Lacan ubica en una escuela que sería la suya, en donde el analista al autorizarse por sí mismo también se autoriza por otros. Todo esto bajo la idea de que algo sí se podría inventar en el grupo sin deslizarse en este movimiento hacia un “nombrar para”.

Lacan se refiere en esta clase a un viaje que acaba de realizar a Roma. La conferencia que allí realiza es dirigida a su “grupo italiano”, aparece publicado con el título “Nota italiana” y es donde se encarga de postular los principios de su escuela basados en el dispositivo del pase. Además de afirmar lo que ya dijimos -un analista se autoriza de sí mismo - centra su conferencia en su noción de saber, la posición del analista y la importancia de lo escrito. Para que haya analista hace falta que se tenga en cuenta lo real:

Es decir, lo que resulta de nuestra experiencia del saber. Hay saber en lo real. Aunque ése, no sea el analista, sino el científico quien tiene que alojarlo. El analista aloja otro saber, en otro lugar pero que debe tener en cuenta el saber en lo real (Lacan, 1974a, p.328).

El analista depende de este saber, aunque ello no alcanza. Es necesario que se agregue un deseo producto de haber llegado a ser el desecho de una “pretendida humanidad”. Humanidad que se sostiene en la idea de un mundo donde la cosa anda, gira en redondo alrededor del sentido. Pero tal como lo explicita en su segunda conferencia en Roma “existen cosas que hacen que el mundo sea inmundo, si me permiten expresarme así; de eso se ocupan los analistas” (Lacan, 1974b, inédito). Eso que hace inmundo al mundo es lo real, lo que no anda bien. La humanidad se sitúa en la idea de que sólo hay felicidad, el analista se convierte en el desperdicio de esta idea, al haber pasado por la instancia que lo pone ante las puertas de un saber contrario. Saber que sólo puede producirnos horror, nunca deseo. No se desea saber que la cosa no anda, que entre el hombre y la mujer no existe la menor relación y que, por ende, ésta no es escribible. Hay una relación a la escritura posible donde se llega a una verdad

que denuncia ese saber en lo real, un saber que “no está en absoluto cocido. Porque hay que inventarlo. Ni más ni menos, no descubrirlo ya que la verdad no es ahí nada más que leña para calentarse” (Lacan, 1974, p.330). Se trata de una verdad que es transitoria, de allí la metáfora que la ubica como “leña para calentarse”.

El saber inconsciente -dice Lacan en Nota Italiana- es lo que ha inventado el hombre para su perennidad, pero hay en ello una falta total de imaginación. Para avanzar hay que servirse no tanto de lo imaginario, sino de lo simbólico y lo real (que lo imaginario anuda) y poder hacer del amor algo más digno que un simple parloteo. Sicut palea, ubicarse allí como desperdicio en lo que no encaja es la dirección que Lacan propone a su Escuela. Termina su conferencia con una contundente afirmación “Todo debe girar alrededor de escritos por aparecer” (Lacan, 1974a, p.331). Es decir, la orientación para hacer avanzar ese saber es lo escrito como producto -desecho-aquello que se sirve de la relación de lo simbólico y real.

Se puede ver el lugar que tiene para Lacan lo escrito no sólo en su formalización sino también en la práctica analítica. Es el medio por el cual no hacemos girar las agujas para que todo vuelva a comenzar intacto, sino que se puede instaurar una diferencia. El analista debe saber ser un desperdicio, y la consecuencia no será la depresión sino el entusiasmo. Si esto no ocurre -afirma - es porque hubo análisis, pero no analista, es decir, no se encontró con alguien cuyo deseo esté a la altura de la falta. Saber ser desperdicio es haberse encontrado con un mundo no feliz, o mejor dicho, no-todo feliz y denunciar la imposibilidad de que así sea. Aunque en apariencia cualquier analista está advertido conscientemente de esta verdad y pueda hacer de ello un slogan, no es tan fácil encarnar ese lugar de resto, lugar vacío, de abstinencia a aportar un sentido que pretenda decir sobre el ser. En el psicoanálisis no cualquier puede entrar “como un rinoceronte en la porcelana” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974).

Hay por lo tanto una interrogación constante sobre el lazo que hay entre inventar un saber y lo que se escribe, lo que se escribe en tanto letra. La pregunta que se hace en el Seminario 21 es sobre dónde se sitúa la escritura. Dirá que la experiencia analítica nos ubica como “el tercero que aún no está clasificado, ese algo que se apoya en la ciencia por una parte y por la otra toma al arte como modelo” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974). Tanto una como otra proceden de la instancia de la letra ¿En qué punto el arte se transforma como modelo para el análisis? El poeta porta un saber que no sabe que tiene, y que es necesario que no lo sepa lo que hace, aquí radica su valor y su parecido con las “verdades indomables” que se recogen de la experiencia analítica. Estas verdades -de las que Lacan dice que debemos testimoniar- “son las únicas que pueden permitirnos definir cómo, en la ciencia, lo que tiene relación con el saber, el saber inconsciente, puede esto constituir lo que yo llamaría un borde” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974). ¿Borde de qué? A continuación, afirma que lo poco de real que sabemos es ese “famoso agujero” que uno no puede más que tapar con lo imaginario. Estas verdades indomables hacen borde de este

agujero, donde también ubica el objeto a, pero aclara al respecto:

El hecho de que se imagina no quita nada al alcance del objeto a como topos, quiero decir como lo que se squeeze para dar su imagen (...) que solo tiene una ventaja, la de ser imagen escrita: la que di en el nudo borromiano. El objeto a, es allí que eso anuda” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974).

El objeto a queda ubicado aquí como lo que anuda los registros, siendo una de sus caras “tan real como resulte posible, por el hecho que se escribe” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974). Lo escrito se sitúa como ese borde de lo real. Fue la lógica como ciencia de lo real la que primeramente hizo el vaciamiento de sentido a las palabras, necesario para dar lugar a la letra, siendo ésta “inherente a ese pasaje a lo Real” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974). La función de lo escrito, sea cual fuere su fin (el placer literario o la demostración lógica) será la de señalar el lugar de borde, y por ello su fórmula queda definida como “saber sujeto supuesto”. Se le supone un saber a lo escrito sobre lo real.

Sobre la verdad como queja y el saber en lo real

Anteriormente desarrollamos la afirmación de Lacan respecto de la verdad que se inventa en contraposición a la verdad que debe ser descubierta, tal como la desarrolló la filosofía. En la clase del 9 de abril dirá lo contrario “yo invento para lo que tiene que ver con el saber, pero para lo que tiene que ver con la verdad, no invento, a la verdad me la traen, tengo barriles enteros” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974). En este apartado trataremos de seguirle los pasos sobre dicha noción para entender a qué tipo de verdad se está refiriendo en uno y otro caso, y qué tiene que ver esto con el saber en lo real.

La tarea del analista es saber, incluso para lo que tiene que ver con la verdad “Es conveniente saber en tanto se trata, en todo instante, de inventar, para responder a su tejido de contradicciones, a la verdad, y por eso el primer paso a dar es seguirla en todos sus melindres” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974). Entonces ¿se inventa o no se inventa la verdad? ¿Acaso hay una verdad que se inventa y otra que no? Lo que queda claro es que es preciso inventar para salir de su tejido de contradicciones, y esa invención es mediante la escritura.

Evidentemente si habla de las contradicciones de la verdad Lacan no está pensando en esa definición que da al comienzo de su seminario -que ya planteamos- cuando dice que sólo hay verdad de lo que no posee ningún sentido, verdad matematizada. Parecería que ésta sí es la verdad que se inventa, pero la vertiente que nos está introduciendo apunta hacia otro lado. Se trata de aquella que es preciso seguirla en sus melindres porque no se sabe hasta dónde es capaz de hacernos llegar. Es la que conduce a la religión, la religión verdadera por contar con la figura de la Trinidad. El camino a seguir es interrogar esta

verdad, volver (*remettre*) a ella porque si no estamos listos como ratas, como el Hombre de las Ratas, nos quedamos atrapados, encerrados. Lo que propone Lacan es “salir de ella, de la verdad, y no veo otros medios que inventar, y para inventar de la manera correcta, de la manera analítica, es preciso volver¹, abundar en este sentido” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974). ¿A dónde es preciso volver? A cuestionar estas verdades a través de la escritura, porque es a través de ella que “tocamos mejor lo que tiene que ver con lo real” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974).

Sobre este saber -como ya lo dice en su conferencia en Roma- no hay el menor deseo de inventarlo, lo preside el horror. El horror de todo encuentro con lo real imposible. Si aparece un deseo éste siempre es secundario al deseo del Otro, señala más bien el deseo de poder por el cual el saber es sólo un medio para alcanzarlo, aquí es cuando el deseo de saber “(...) toma sustancia del grupo social” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974). Pero esto no es lo que ocurre en la invención matemática, donde sí encontramos apasionados. Mientras el mundo universitario sigue girando en redondo, preocupados de convencer al resto de que hay *la* verdad, salvaguardando su reputación en ello; afuera -dice Lacan- había personas como Pascal tratando de resolver los problemas de la cicloide aunque esto no fuera una manera de hacerse valer en la Soborna. Hacia este camino pretende llevar a los psicoanalistas, hacia “esa especie de república que hacía que Pascal se carteara con Fermat, con Roberval, con Carcavi, con montones de personas vinculadas entre sí por algo que no se sabe qué es y que se había producido (...)” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974).

Siguiendo con esta idea, en la siguiente clase Lacan recomienda un libro “El amor al censor” de Pierre Legendre, profesor de la facultad de derecho. En ese libro, tal como comenta González Táboas, aparece una afirmación contundente respecto de la domesticación contemporánea “El psicoanálisis es llamado para servir a la gran sumisión moderna” (Legendre, 1979, p.35). Es importante esta cita porque justamente lo que Lacan viene planteando es que la invención está en las antípodas de esta sumisión y que, aquella república que espera para los psicoanalistas no implica deslizarse por los carriles de la reproducción de un saber gastado, de una verdad de esa que traen en barriles enteros.

Por lo tanto, no existe el deseo de saber, pero sí el amor al saber y esto lo revela la transferencia donde se sitúa la verdad de este amor. Entre el amor y el horror al saber no hay unión: “Es el matrimonio del cielo y del infierno” en alusión a un libro del poeta William Blake. Pero ¿Cuál es entonces la verdad de este amor? Una queja. Esto es lo que se encarga de recoger el analista, no sin observar que ella está dividida y por eso no puede decirse toda. Agrega que no está al alcance de todo el mundo ser analista, no- todo el mundo puede recoger esta verdad que es como una tabla podrida. Es preciso entender que aquel que quiera dedicarse a esto no puede relacionarse con un mundo que considere armonioso, porque hay un elemento allí que marca la disarmonía. Se tratará de raspar todo el sentido y así acceder a lo real, porque lo que

importa no es el sentido de la queja sino lo que está más allá como real. Sin embargo, para llegar a él será necesario pasar por lo que llama “la espuma del sentido” que es “la verdad porque desde luego que no es la verdad vaciada es la verdad abundante (*foisonnante*)” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974). La vía que plantea Lacan es la avanzar hacia esa verdad podrida, es de allí que sale el “olor a verdad” que el analista detecta. Respecto de ella, no se tratará de darle luz - *fiat lux*²- sino de ubicarse como fuego fatuo, cuya fuerza no será la de iluminar sino más bien sacar aquello que provoca cierta pestilencia.

Lacan retoma una pregunta que ya se había hecho clases antes “¿Hay saber en lo real?” y agrega “no es difícil sentirlo, el goce irrumpe en lo real” (Lacan, 1973-1974, 23/04/1974). Continúa sobre la posibilidad inversa, si ocurriera que lo real irrumpiera en el goce, aunque dirá que no es necesario que el saber goce de sí mismo porque el saber es distinto del goce. Acá Lacan define a lo real - a diferencia de cómo lo venía haciendo - como el discurso del amo en tanto es necesario que allí la cosa marche, y para que esto ocurra es preciso que haya un saber. Entonces ¿Marcha o no marcha lo Real? En cierta medida sí porque es lo que vuelve siempre al mismo lugar, hay allí cierta inercia, del único “un sentido”, “un sentido en tanto que sabido, el sentido se sabe” (...) “el saber del que se trata en la pregunta no es ese orden de saber que lleva sentido o, más exactamente, que, por el sentido es llevado” (Lacan, 1973-1974, 23/04/1974). Lacan lo va a ubicar en las antípodas del saber del artesano que es transmitido de un artesano a otro, pero que en realidad nada tiene que ver con lo que causa. El artesano sabe lo que hace, no hay en su tarea un saber que lo sepa como ocurre con el poeta, al que ya nos referimos en el apartado anterior. A diferencia del artesano el saber del que se trata en lo real es la escritura (Lacan, 1973-1974, 14/05/1974).

Dijimos que hay un elemento en el mundo que marca la disarmonía: es ese saber en lo real “que funciona sin que podamos saber cómo se hace la articulación en lo que estamos habituados a ver realizarse” (Lacan, 1973-1974, 21/05/1974). La cuestión es que, a diferencia de la religión y de la metafísica, que tratan de encontrar en todo ello un pensamiento ordenador, el psicoanálisis no pretender ordenar ningún ser. El saber en lo real se distingue del saber inconsciente en un punto: respecto del primero hasta la ciencia trata de hacerlo providencial y encontrarle, por lo tanto, una armonía, algún orden; pero el saber inconsciente es un saber dramático: “(...) hecho de algo que parte de un defecto en el ser, de una disarmonía entre el pensamiento y el mundo, y que ese saber está en el centro de ese algo que llamamos ex-sistencia, porque insiste desde afuera y es perturbador” (Lacan, 1973-1974, 21/05/1974). En esta línea, más adelante afirma que el inconsciente es parasitario. La relación pretendidamente armónica entre lo que vive y aquello que lo rodea “está perturbada por la insistencia de ese saber (...) el ser hablante lo habita, pero no sin toda clase de inconvenientes” (Lacan, 1973-1974, 11/06/1974). Es en este ser hablante para el que todo lo que tenga que ver con la relación sexual se ve también perturbada. De aquí

surge la distinción con los otros seres de la naturaleza para quienes la cosa parece estar resuelta, y en esto se fundamenta la diferencia entre naturaleza y cultura. Lo que se impone al sujeto no es la naturaleza, ella no nos comanda, sino un saber que preside cualquier orden, cualquier cálculo seguro para las relaciones. Por ello el instinto -que es atribuido a los seres de la naturaleza- es contrario al saber inconsciente.

Pero entonces ¿Cuál es la relación entre el saber inconsciente y lo real? Dirá apoyándose en la escritura que es por este lado que “se concentra aquello donde trato de interrogar acerca del inconsciente cuando digo que el inconsciente es algo en lo real” (Lacan, 1973-1974, 21/05/1974). El saber “toca los bordes de lo real” y que “sólo la escritura soporta como tal a ese real que puede decir algo que está orientado simplemente, simplemente orientado” (Lacan, 1973-1974, 09/04/1974). Agrega que decir la verdad es algo que está al alcance de cualquiera - la verdad en sentido *foisonnante* puede ser cualquier cosa - y la experiencia analítica da cuenta de ello, del patetismo de los sentidos. Sin embargo, sólo la escritura puede dar algún testimonio de lo real:

Es en una letra - y en esto muestra el significante una precipitación por la cual el ser hablante puede tener acceso a lo real- es en la medida en que desde siempre, cada vez que fue cuestión de configurar algo que en cierto modo fuese el encuentro de lo que se emite, de lo que se emite como queja, como enunciado de una verdad (...) canto alternado de lo que deja separado en dos mitades al ser hablante, cada vez que se trata de esto, es siempre por una referencia a la escritura que aquello que puede ser situado en el lenguaje encuentra su real (Lacan, 1973-1974, 21/05/1974).

La orientación parece ser ir hacia esa letra, separar la verdad como queja de esa letra en el decir, que posibilita un encuentro con una escritura de lo real.

El inconsciente no es un conocimiento a descubrir donde habría armonía, un “matrimonio feliz” entre significado y significante. No, el significado - dice Lacan más adelante - es parasitario, es disarmonico porque el goce semiótico es lo que se agrega. Algo que se parece al inconsciente como un conocimiento es lo que ocurre en un análisis. Nos detenemos aquí ¿Dijo Lacan que lo que ocurre en un análisis es de un orden similar al conocimiento? ¿Y el saber? A continuación, afirma: “no es sorprendente que a esa especie de puesta en co-vibración, co-vibración semiótica, se la llame púdicamente, transferencia (...) No es el amor, pero sí el amor en sentido ordinario. El amor tal como uno se lo imagina” (Lacan, 1973-1974, 11/06/1974). Está hablando de la transferencia en su vertiente imaginaria, la que hace del análisis un conocimiento; pero el amor -eso ya lo viene diciendo - implica la triplicidad del nudo. La vertiente imaginaria no lleva demasiado lejos, es lo que “explica que la experiencia analítica quede empantanada. No es de eso que deberá tratarse. Debe tratarse de elaborar, permitir a quien llamo el analizante elaborar, ese saber

inconsciente que es en él como un chancro” (Lacan, 1973-1974, 11/06/1974). Un chancro es una úlcera que tiene tendencia a extenderse a los tejidos vecinos, es de origen venéreo. Es decir, el inconsciente se ramifica como una úlcera sin que nadie pueda controlarlo, por ello no hay conocimiento que logre atraparlos. *Allí donde no hay conocimiento a descubrir hay saber a inventar.*

Recapitemos lo dicho ¿Qué es el saber en lo real? ¿En qué se relaciona con la verdad como queja? Respecto de la primera pregunta, dijimos que es un saber al que la ciencia le supone un orden pero que - a decir verdad - si Lacan lo contrapone al saber del artesano es porque hay algo de esa suposición que es fallida. Es fallida en tanto es un saber que nos sabe y este sería el punto donde el saber en lo real y el saber inconsciente coinciden. En este sentido, recordemos que Lacan afirma en “Nota Italiana” que el analista se ocupa de otro saber que el de lo real, pero esto no significa que no debamos tenerlo en cuenta, más bien todo lo contrario. La verdad como queja son como las ramas de un árbol, eso que lo hace “foisonnante”, pero hay que saber podarlas, no perdernos en ellas a fin de avanzar hacia lo real ¿hacia el saber en lo real o hacia el saber inconsciente? Como dice Lacan se trata de ir hacia el camino donde lo real nos conduce a través de ese saber inconsciente que lo bordea por medio de la letra, la escritura. Saber que no se define como lo que vuelve al mismo lugar sino como dramático, por primar aquí la disarmonía, el desencuentro, lo que no marcha. Saber que siempre implica la triplicidad de un nudo del que debemos ser incautos para no errar. Es quizá en ese andar (erre) que supone a un sujeto enamorado como una *dupe* de su inconsciente, en ese marchar que no marcha, que podremos encontrarnos con el “puro real”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Colomer, E. (1990). *El pensamiento Alemán de Kant a Heidegger*. Barcelona: Editorial Herder.
- González Táboas, C. (2015). *Hacia un amor menos tonto. Una lectura del Seminario XXI de Lacan*, Buenos Aires, Argentina: Grama ediciones.

- Lacan, J. (1973-1974). “Seminario 21: Los no incautos yerran”. Inédito.
- Lacan, J. (1974a). “Nota Italiana”. En *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, 2014.
- Lacan, J. (1974b). *Conferencia de prensa del Dr. Lacan*, dictada el 29 de Octubre de 1974, en el Centro cultural Francés en Roma. Inédito.
- Lacote, Ch. (2005). “Los desengañados se engañan”. En Moustapha Safouan (Ed.), *Lacanian II*. En Moustapha Safouan (Ed.), *Lacanian II: Los Seminarios de Jacques Lacan 1964-1979* (pp.261-278). Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (1988). “S`truc Dure” en *Matemas II*. Buenos Aires: Manantial, 2008.
- Rabinovich, D. (1992). *Modos lógicos del amor de transferencia*. Buenos Aires: Manantial, 2007.
- Rabinovich, D. (2014). “Teórico Clínica psicoanalítica II”. 8/8/14. Inédito.
- Stringa, E. (2015). “Suplemento lógico matemático”. En Gonzalez Táboas, C. (Ed.), *Un amor menos tonto. Una lectura del seminario XXI de Lacan* (pp. 287-310). Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Viera, M. C. (2010). *La verdad en Heidegger*. Recuperado en http://www.espaciopotencial.com.ar/elestudio/sept_anio/laverdad.html

NOTAS

¹La palabra en francés es “remettre” y en la versión inédita está traducida como exagerar, aquí modificamos la traducción por volver. En todos los diccionarios consultados la palabra remettre tiene como primera acepción “volver a poner o colocar” y en ninguno figura exagerar. Dado la importancia que tiene esta frase para la presente tesis, hemos decidido realizar una lectura en el contexto que Lacan utiliza esta palabra para pesquisar a donde apunta cuando dice que el camino a seguir para inventar de la manera correcta, de la manera analítica es “remettre”.

²Es una alusión al prólogo del evangelio de San Juan (1,1-4) “1.1 En el principio creó Dios los cielos y la tierra. 1.2 Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. 1:3 Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. 1:4 Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas”.